

## Colección de destellos

### Políptico

ALBEIRO ARIAS

Caza de Libros, Ibagué, 2012, 79 págs.

LA CATEGORÍA de pintura múltiple, desplegada a lo largo de varias superficies que cuentan con la posibilidad de plegarse y replegarse sobre sí y en torno a un panel central, enfoca en un universo prioritariamente visual. Por supuesto que, cuando menos en su acepción original, las representaciones visuales no se reducían al estrecho, aunque hondísimo y casi que inagotable, margen de la percepción óptica, y más bien extendían su radio de acción a los territorios de la narrativa. Pues se trataba, precisamente, de hacer posible que la mayor cantidad de personas, muchas de ellas imposibilitadas para descifrar códigos escriturales, hicieran suyas las gestas más significativas de su tradición cultural. Nos encontramos, entonces, tanto en las manifestaciones más antiguas ancladas en el medioevo cristiano y su necesidad de universalizar la palabra revelada –hecha carne a lo largo y ancho de una copiosa colección de relatos y peripecias– como en las versiones más recientes, con una tecnología del relato en la cual, junto a una conmovedora pulcritud plástica y visual, se despliega una poderosa riqueza narrativa.

Enfrentar la lectura del poemario *Políptico* de Albeiro Arias es, desde su propia denominación, un ejercicio de visualidad y una incorporación de múltiples sonoridades que, sobreponiéndose unas sobre otras, nos llevan a lo largo y profundo de un extraño recorrido. Allí están, en efecto, los otros, las voces ajenas que el poeta hace suyas y presenta bajo la cáustica denominación de “Plagios descarados”, en los que las palabras terminan por configurar una urdimbre de significaciones, una espesura vegetal de señales y sentidos que nos cuentan del andar de un espíritu antropofágico que devora imágenes y sensibilidades. Experiencia de predador que, sin embargo, en la misma medida en que se resuelve en la emisión de símbolos abandonados a su suerte, ofrece al final de cuentas, a quien quiera, el relato

de su indefensión y de su ofrecimiento.

Está, también, el segundo tablero. Un dibujo complejo que va configurando el centro que al final, luego de atravesar el paisaje entero, se hará más evidente: se trata de la pintura drástica de un hecho, o de un complejo de hechos, que despliega ante nuestros ojos, ya hastiados, el espectáculo de la violencia, la muerte y el miedo.

[...] Un cuerpo completamente abierto, la cara rasguñada, sin una letra.

Un cuerpo estancado en las aguas del tiempo.

[...] En villa de San Juan lo siguen esperando para iniciar la cena.

Un cuerpo, simplemente un cuerpo.

Pues alrededor de las carnalidades muertas, cargadas con sus señas luctuosas y sus mundos ya imposibles, se vislumbran las pinceladas de aquello que no podemos controlar, de eso que marca y determina, que imprime señas indelebles, incontestables, y queda siempre por fuera de nuestro lenguaje. Más allá de lo comprensible y expresable, incluso de lo soñable: el destino, el *fatum*, la voluntad insólita del “tallador de destinos” en cuyas manos podemos convertirnos en cualquier cosa, en esos seres abandonados en algún recodo de un camino, en esos otros que solo reclaman “ser enterrados”, en aquellos otros que ven con ojos propios y comprueban cómo “este lodo ya mostraba su lado asesino”. Así, entre explosiones y perdigones sueltos, bajo la mirada inane del dios cuya imagen polvorienta preside los espacios de la huida, frente a la pared que conserva un manojo de llaves como señal ya derrotada de una vitalidad que ha desaparecido, estas “Inhumaciones postergadas” despliegan ante el lector la gama de sus grises y sus altos contrastes, y nos sumergen en los meandros de la barbarie.

Pero también es posible saltar afuera y escapar. Rodar sin atrás ni adelante, sin posición alguna, convertidos en transmigración elemental, en fluir puro. Entonces el retablo tercero nos aleja de esa visión tortuosa que no cesa de constituirnos y nos enfrenta a un hecho básico: pasamos. Con los ojos cerrados del viajero, a quien la fatiga ha vencido, que transcurre sin que la

contundencia de la mutación altere su abandono; con la atención desencantada del maquinista que adivina la extrañeza que lo llevará, una vez más, a un nuevo, desconocido y efímero destino; con la esperanza desalentada del que entrega a las palabras la ansiedad de perdurar no obstante la inminencia de la muerte: somos los que se marchan. Es el tercer postigo, el ingreso a un espacio de brevedad e indiferencia en el cual las atrocidades de la carne desmantelada a las que hemos asistido, se funden con las siluetas que dejan de ser, tan pronto han sido. Es “El diario de trenes”, la sala desde la cual es posible desear,

[...] la serena constancia del viejo tren que recorre caminos.

[...]

Ser fiel a las distancias que me separan del porvenir y en esa lejanía forjar con decisión los rieles de mi camino secreto.

También, es posible, a pesar de todo, la alucinación que se hace respeto por la nobleza de

[...] aquellos vagones enmohecidos que mantienen la ilusión de un viaje más, la felicidad de los silbatos que creen avistar su destino...

El asombro de quererse ver en medio de los espejismos.

Tal es el centro alrededor del cual gravita la cuarta ventana que nos ofrece el poeta en su obra. “El otro en el estanque” revive el asombro, tantas veces constatado en nuestra tradición, de quien sorprende su propia imagen reflejada y se formula preguntas devastadoras. Presenta la certeza de que los principios son fines embrionarios y que las crisálidas del tiempo albergan demoliciones que no pueden, sin embargo, ser negadas. Pues –y ahora esta narración íntima, que nos ha encarado con la experiencia casi inaudita de darnos cuenta de la aniquilación que somos– ya aquí, en estas palabras que diseñan una atmósfera densa, rotunda, nos devuelve al cuerpo desolado de la primera composición.

Es la “Cartografía del miedo”, verdadero panel central en el que las imágenes, como destellos instantáneos de un vendaval, nos imponen la

necesidad de vernos en nuestra más rotunda simplicidad. Es que somos, sencillamente, sujetos del temor y la muerte, territorio de la devastación.

La muerte llega con el rostro que desea:

decapitación,  
incineración,  
insolación,  
fusilamiento,  
suicidio.

El miedo a la muerte, al dolor, a la tortura, a la injusticia, a la impunidad, al castigo, se ha constituido, como bien puede desprenderse de la lectura de estas páginas, en la noción estructural que ha articulado el espíritu colectivo del pueblo colombiano.

El miedo se pasea por mi cuerpo,  
me ha desembarazado los ojos con  
su manto  
de adioses,  
me arrastra hasta los sótanos impunes  
y hunde sus garras en mis noches.

Esta colección de destellos, como en algunas fábulas antiguas, nos ofrece la posibilidad de ingresar, por nuestra cuenta y riesgo, a una serie de cámaras misteriosas que nos desafían con sus puertas cerradas. Son cinco y conforman un territorio de sorpresas. El reto de contar la historia de nuestra barbarie, tan demandante y peligroso, es asumido aquí con gran sensibilidad y audacia. Se habla incansablemente de la temeridad que supone enfrentar un asunto así, tan extremo, con herramientas poéticas. Se augura, incluso, un fracaso rotundo. No es el caso de esta propuesta que nos entrega *Caza de Libros* Editores. Emergiendo en medio de ciertas imprecisiones propias de un lenguaje en formación, la lectura de este libro nos asombra como una constelación de imágenes poderosas y clara sinceridad. No podemos escamotear nuestras responsabilidades por grandes que estas sean, y tanto más cuando, entre otras cosas, puede suceder que el intento, como es el caso de este poemario, nos lleve a buen destino.

**Rafael Mauricio Méndez Bernal**

Profesor, Facultad de Artes ASAB,  
Universidad Distrital Francisco José de Caldas